

El precio de la verdad*

**Martha Zechmeister CJ,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.**

De una reflexión sistemática se puede esperar, con razón, que ofrezca una visión equilibrada de todos los aspectos de una determinada temática y que dé respuestas a las preguntas más importantes que de ahí surgen. El lector notará que no es el caso de este artículo. Al final de nuestras reflexiones sobre el tema de la “verdad” podrá tener más preguntas que las que tenía cuando empezó a leerlo. Por ello, lo primero que quiero compartir con ustedes es la convicción fundamental de que no nos acercamos a la verdad si intentamos reprimir lo que nos inquieta y perturba, o si lo intentamos dominar demasiado rápidamente. Nos acercamos a la verdad más bien si tenemos el valor de aguantar la turbación y exponernos a ella.

Introducción. “Pagando el precio”

El proceso de conocer la verdad siempre ocurre desde una perspectiva concreta. Nuestra aproximación a la verdad acaece desde un punto de vista subjetivo, condicionado y limitado por muchos factores. Parte de ese proceso es precisamente darse cuenta de la propia perspectiva y hacerla explícita. Por ahí quiero comenzar, y por esa razón hablaré de mi propio punto de partida personal y biográfico.

* Texto de la ponencia presentada por la autora en un congreso ecuménico realizado en la abadía de Kremsmünster, Austria, del 9 al 11 de julio de 2008. En el evento, 300 participantes reflexionaron sobre el tema “¿Para qué la verdad?”. Los ponentes eran filósofos, teólogos y obispos católicos y luteranos.

El tema de estas reflexiones, “El precio de la verdad”, se me impuso al reflexionar sobre un libro que tenía por título *Pagando el precio*¹. El libro es el resultado de una investigación amplia y bien documentada del asesinato, cometido en 1989, de seis jesuitas y dos mujeres de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. El crimen fue cometido por los soldados del Batallón Atlacatl, aunque la orden venía “de arriba”, del ámbito del gobierno. Las víctimas pagaron el precio de dar testimonio de la verdad —exactamente como lo había hecho diez años antes monseñor Romero—. Ante la comunidad internacional hicieron público y denunciaron lo que sucedía en el país. Desenmascararon los crímenes de un gobierno fascistoide, que ahogaba con violencia brutal el clamor de un pueblo que exigía condiciones de vida más justas y humanas. La consecuencia fue el odio de aquellos cuyo interés era exactamente encubrir esa realidad. La última consecuencia de su proyecto de vida, su vocación como jesuitas, fue sufrir la misma suerte de Jesús. Haberse puesto, como él, del lado de las víctimas de la injusticia que clama al cielo y haberse convertido en su voz, les costó la vida.

“¿Qué es la verdad?” preguntó Pilato después de haber interrogado a Jesús. El evangelio de Juan cuenta cómo se desarrolló este interrogatorio realmente extraño (Jn 18, 33-40). Pilato empieza preguntando a Jesús: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. La respuesta de Jesús puede parecer evasiva: “Mi reino no es de este mundo”. Entonces Pilato lo quiere acorralar: “¿Así que tú eres rey?”. Jesús responde: “Tú dices que soy rey. Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”. Y lo explica con toda claridad. A quien se compromete con la verdad le compete, incondicionalmente, autoridad y dignidad de rey; mejor dicho, eso *es* ser rey. Y los “poderes de este mundo” no tienen ningún poder sobre el testigo de la verdad. La autoridad del testigo de la verdad desenmascara y hace desaparecer cualquier sometimiento de un ser humano sobre otros. Pero el testigo de la verdad tiene que pagar “un alto precio”: es entregado a la tortura y sufre una ejecución brutal. Es lo que les pasó a los jesuitas de El Salvador, y a innumerables hombres y mujeres, que a lo largo de la historia han tratado de vivir como Jesús. Por eso, quien ante los mártires todavía pregunta: “qué es la verdad”, es que no ha entendido nada.

1. Acercamiento a la verdad significa iniciación al misterio

Nuestra reflexión está basada en la convicción de que no nos aproximamos a la verdad primariamente a través de conceptos y especulaciones teóricas. Nos acercamos, más bien, a ella con el paso de los años y como fruto del proceso de la vida. La verdad es algo por lo que se lucha, se sufre, se ama. Y la verdad se nos da, sobre todo, en encuentros “casuales”. La verdad se manifiesta con mayor

1. T. Whitfield, *Pagando el precio. Ignacio Ellacuría y el asesinato de los jesuitas en El Salvador*, San Salvador, 1998.

probabilidad a quienes se exponen a entrar en relación con otros seres humanos que a quienes se encierran en sí mismos. Solo al final de la vida se puede vislumbrar cuánto de “verdad” hay en el propio conocimiento. Sin embargo, quisiera invitarles a que me acompañen en el camino que ya he recorrido. Quiero compartir con ustedes qué —de la verdad— se me ha manifestado a lo largo de los años.

Uno de los “encuentros” muy significativo para mí fue el encuentro con el teólogo y jesuita Erich Przywara. Sobre él escribí mi tesis de habilitación como catedrática de teología². Przywara fue uno de esos hombres que pusieron los fundamentos para el concilio Vaticano II. Sin embargo, es uno de los grandes olvidados de la historia de la teología. En su obra insiste en las tradiciones de la teología negativa, y para entenderle es clave hermenéutica fundamental la confesión de Agustín: “*Si comprehendis non est Deus*” —“si lo comprendes, no es Dios”—. Para Przywara esto no es solo axioma fundamental para el conocimiento de Dios, sino que expresa la ley de toda búsqueda de la verdad. Con la Sagrada Escritura y con toda la tradición teológica Przywara pone a la verdad en el contexto de Dios. La verdad tiene algo que ver con el misterio último, y ella misma es en definitiva misterio. Por mucho que en el esfuerzo por encontrar la verdad no hay abandonar la dimensión racional y semántica, es decir lo que se puede expresar en proposiciones de sentido, sigue siendo verdad que nos acercamos a la verdad solo en un proceso de “*reductio in mysterium*”. Acercarse a la verdad significa iniciación al misterio. Dicho desde su contrario, quien cree que “tiene” la verdad, que la posee en firme como propiedad, o parafraseando a Hegel con libertad, quien cree que se puede “encajonar la verdad en el féretro del concepto”, ese tal ciertamente no la ha encontrado.

Przywara remite una y otra vez a la llamada “fórmula de analogía” del Concilio IV de Letrán (1215): “No se puede afirmar tanta semejanza entre el Creador y la criatura, que no haya que afirmarse una mayor desemejanza”³. Por lo que toca al conocimiento de Dios interpreta la fórmula de la siguiente manera. Como seres humanos no tenemos otra manera de hablar de Dios sino en lenguaje humano. Aunque somos conscientes de su “carácter antropomórfico”, no hay más camino que correr el riesgo de afirmaciones enunciativas concretas, si es que queremos superar el estadio de una sorda inconsciencia. Sería equivocado y falso pensar con arrogancia que así ya “hemos comprendido a Dios”. Pero la fórmula del Concilio IV de Letrán, “mientras más grande es la semejanza, mayor es la desemejanza”, nos confronta también con esta conclusión: en la medida en que las imágenes humanas más nos acercan a Dios, Dios se nos revela como el “misterio siempre mayor”.

2. M. Zechmeister, *Gottes-Nacht. Erich Przywaras Weg Negativer Theologie*, Münster, 2000.

3. *Denzinger-Hünemann* 806.

Cuanto más nos aproximamos al misterio, tanto más experimentamos que el lenguaje se quiebra. Lo podemos esclarecer con una sencilla analogía. Si en la relación entre dos personas que se aman, una de ellas cree que puede adivinar las intenciones de la otra persona o pretende que ya lo sabe todo sobre ella, eso significaría la muerte automática de la relación y del amor. Cuanto más nos acercamos al otro, tanto más crece nuestra capacidad de formular afirmaciones verdaderas sobre el otro. Pero experimentamos también que el misterio del otro siempre trasciende todo lo que podemos expresar, y que es poco y pobre lo que podemos poner en lenguaje. Esto que aparece en la relación de dos personas que se aman vale para comprender el esfuerzo por llegar a la verdad. Dicho en forma pedestre, los pedantes, los sabihondos, los sabelotodo son la muerte de la verdad.

2. El conocimiento de la verdad comienza con el reconocimiento del otro

El encuentro con el teólogo Johann Baptist Metz ha sido para mí otro encuentro fundamental “portador de verdad”. Me ha hecho caer en la cuenta del “dominio anónimo” que sobre la teología ejerce el siguiente axioma epistemológico: “lo semejante sólo puede ser conocido por lo semejante”. Esta fórmula, proveniente de la filosofía neoplatónica, significa que el ser humano puede conocer a Dios, porque el espíritu humano es espíritu del Espíritu de Dios. En definitiva, es el espíritu divino en el ser humano, es decir Dios mismo, el que es capaz de conocer a Dios. Según esto en el conocimiento de Dios se trata, como en todo verdadero conocimiento, de “anamnesis”, de un acto de re-conocer algo o alguien que ya se ha conocido antes. Metz lo formula con estas palabras. La teología “fue sometida a un estricto pensamiento de identidad”. Y a este concepto contrapone “el axioma epistemológico que corresponde al modo de pensar a Dios auténticamente bíblico”. “Solo hay conocimiento, uno del otro, a través de lo desemejante. Asombro, expectativa, reconocimiento, confrontación con lo nuevo: todo, ello pertenece a la estructura del conocimiento de una teología que se sabe comprometida con el pensamiento bíblico de Dios”⁴. Para la Escritura, por lo tanto, el conocimiento no comienza cuando me encuentro “entre semejantes” para afirmarnos mutuamente, sino más bien allá donde me encuentro con el otro en cuanto “otro”. Ese “otro” nunca es una copia de mí mismo, no es igual a lo que yo soy, sino que es el no conocido, el ajeno, muchas veces el aterradora e inquietantemente ajeno. El conocimiento comienza allí donde el “otro” se me manifiesta como alguien que se opone a ser apropiado por mí; como alguien, a quien le hago injusticia si lo construyo a mi propia “imagen y semejanza”; como alguien que cuestiona, amenaza y desafía mi propia identidad.

4. J. B. Metz, “Theologie versus Polymythie. Kleine Apologie des biblischen Monotheismus”, en O. Marquard (ed.), *Einheit und Vielheit*, Hamburgo, 1990, p. 182.

“Reconocer al otro en cuanto otro”, sin embargo, es un proceso ambivalente, tal como lo enseña Metz. Y es que captar al otro en cuanto otro puede ocurrir también con el fin de someterlo. En efecto, quien entiende cómo “funciona” el otro es capaz de manipularlo y “calcularlo”. Esta “hermenéutica del sometimiento y de la equiparación” es la clave del “éxito”, y al mismo tiempo “el pecado original” de la “civilización occidental” en relación a culturas extrañas⁵. Mirar al otro por dentro para someterlo como objeto del propio interés es exactamente lo contrario de lo que en las tradiciones bíblicas se entiende como “conocimiento”. Para estas tradiciones “conocer al otro” significa respetar su alteridad, y cuidar y proteger su integridad en todas sus dimensiones: física, psíquica, cultural, política y económica. Así, el encuentro auténtico con otro ser humano es al mismo tiempo la “vía regia” para el conocimiento de Dios, para el conocimiento del “totalmente otro”. El misterio de Dios se me revela sólo en la actitud de acatamiento y de adoración, nunca en forma de “toma de posesión”.

El conocimiento de Dios no es una ciencia oculta y el amor a Dios no es un hervor de sentimientos. Ocurre en la medida en que me dejo desafiar y comprometer en el encuentro con otro ser humano. Esto me abre al misterio en un proceso muchas veces doloroso, contra la fuerza de atracción que quiere mantenerme cautiva girando alrededor de mi propio “yo” como el centro de gravedad. Este proceso culmina en la actitud que Jesús llama el “amor a los enemigos”. En la relación con el enemigo es imposible reducir al otro a un “complemento agradable” del propio “yo” en una romántica del “tú a tú”. Y exactamente esa es la condición para que el misterio mayor se nos done a nosotros. La verdad se revela a través del otro sólo a condición de que hayamos renunciado definitivamente a aprovecharnos de él.

3. La epifanía de la verdad en el colapso de los “constructos”

A más tardar desde Immanuel Kant hay que reconocer que no se puede percibir la realidad “directamente”, sin mediaciones. La clásica formulación de Tomás de Aquino, verdad como “*adaequatio rei et intellectus*”, como coherencia entre el objeto y la mente, queda cuestionada de raíz. Mi inteligencia no tiene acceso directo al objeto, a la “cosa en sí”, a la realidad como es “objetivamente”. Por eso tampoco se puede hablar del “conocimiento verdadero” como de una copia objetiva y fiel de la realidad en la mente que conoce. En primer lugar, ¿quién sería el juez que pudiera constatar tal “objetividad”? Todo conocimiento humano sin excepción es mediado por “categorías”, las formas *a priori* del entendimiento, que determinan mi percepción y mi entendimiento antes de cualquier esfuerzo subjetivo de la conciencia. Mi comprensión está determinada por los modelos y conceptos que me han acuñado. Sin estas estructuras que organi-

5. J. B. Metz, *Dios y tiempo. Nueva teología política*, Madrid, 2002, § 8, 3, pp. 153-160.

zan y ordenan la percepción y la comprensión, la realidad haría que el sujeto se desmoronase como caos amorfo y enredador.

Dado esto por sentado, siempre amenaza, por otra parte, el peligro de acabar confundiendo estos “constructos” con la realidad misma. Esquemas y simplificaciones son muletas que la razón humana necesita inevitablemente, pero pueden convertirse en coraza que la defiende de todo que cuestiona al propio “yo” y al propio concepto del mundo. Los momentos “portadores de verdad” son precisamente aquellos en los que “los constructos” que habían ofrecido apoyo y orientación hasta entonces quedan radicalmente sacudidos y se quiebran. Nuevas experiencias no sirven para confirmar patrones ya conocidos, y nuevos conocimientos no sirven para seguir justificando la ideología ya establecida. En una experiencia de gracia, más allá de la catástrofe del colapso, puede irrumpir la “realidad siempre mayor”. Esto, que puede sonar abstracto, se manifiesta sólo en lo concreto y en lo que está enraizado sobre la tierra. Pedro Casaldáliga, poeta y obispo brasileño, luchador junto a los sin tierra, dice en uno sus textos: “Todo es relativo, menos Dios y el hambre”. Esto quiere decir que allí donde pasamos hambre y morimos, allí inevitablemente se hace manifiesta la irrupción de la realidad. Ningún concepto ni ninguna forma de racionalización pueden impedir esta epifanía de la verdad.

Entre nosotros está profundamente enraizada la convicción de que nuestro concepto europeo del mundo es idéntico con la “realidad tal cual es”. No es casualidad que Europa está en el centro del mapa del mundo: “lo real somos nosotros”. Para que se tambalee este narcisismo se necesitan fuertes sacudidas. En lo personal, en Centroamérica experimenté por primera vez cómo se siente cuando la tierra tiembla con fuerza bajo los pies. Los geólogos dicen que los terremotos suceden cuando en la profundidad de los océanos las placas de los continentes chocan una contra otra. Esto se ha convertido para mí en un símbolo del choque de los diferentes conceptos de realidad, y de las perspectivas desde las que se mira al mundo en los países del norte y los del sur. Buscar la verdad exige el valor de salir del caparazón protector y arriesgarse a caminar sobre tierra movediza.

4. “Hacer hablar al sufrimiento es la condición de toda verdad”

Esta frase, clave en la *Dialéctica negativa* de Theodor Adorno, desenmascara lo insuficiente de las teorías en boga sobre la verdad⁶. Sin duda, tanto la “teoría de la adecuación” como la “teoría de la coherencia” implican momentos esenciales e irrenunciables. Pero entender la verdad como la “copia fiel” de lo real, puede acabar, en el peor de los casos, en la perversión de duplicar y reproducir la crueldad y brutalidad existentes, y la “objetividad” puede degenerar en apatía

6. T. W. Adorno, *Negative Dialektik*, Frankfurt/M., 1994, p. 29.

frente a los que “quedan atrás, matados a golpes bajo las ruinas”⁷. Pensar que la verdad solo se puede expresar en afirmaciones coherentes de las que se pueden sacar conclusiones, puede terminar en perversión, puede convertirse en coraza que impide la irrupción de la realidad en los conceptos, y así impide la epifanía de la verdad.

Quisiera ilustrarlo de manera sencilla con una experiencia personal. Por casualidad participé en una conferencia internacional sobre el “comercio libre en Latinoamérica”. Jóvenes, dinámicos y competentes, representantes del Banco Mundial debatieron con representantes de ONG, “organizaciones no gubernamentales”. El discurso del representante del Banco Mundial estuvo muy bien pensado y era absolutamente coherente en sí mismo. Por el contrario, los representantes de las ONG estaban mal preparados, caóticos. Parecían torpes predicadores de una secta, desvalidos. No fueron capaces de oponer nada serio en contra de los argumentos coherentes de sus adversarios. No lograron estropear su “juego de lenguaje coherente”. Sin embargo, quedó claro de manera aplastante que no se puede limitar la “verdad” a lo que se dijo en el discurso del Banco Mundial. A pesar de su pobre actuación, los representantes de las ONG consiguieron al menos una cosa: “hacer hablar al sufrimiento”. Con esto no se quiere justificar en forma alguna ni la pereza intelectual ni la falta de competencia científica, pues un pensamiento que quiere poner en palabra la verdad, defender la causa de las víctimas ante a un mundo apático y reclamar justicia para ellas necesita rigor intelectual y precisión del concepto.

Esta lucha por la verdad que he tratado de ilustrar con este sencillo ejemplo, está siendo librada desde hace ya algunas décadas a un alto nivel de reflexión entre el teólogo Johann Baptist Metz y el filósofo Jürgen Habermas⁸. “Razón anamnética” contra “razón comunicativa”, o bien Jerusalén contra Atenas en la provocadora fórmula con la que Metz desafía una concepción “griega” de la verdad y de la razón que no conoce el tiempo ni la historia. Frente a la tradición he-lenista Metz reclama la herencia judía del cristianismo. No hay ninguna verdad que se pueda comprar al precio del olvido de los víctimas. Escuchar sus voces, muchas veces acalladas con violencia, tomarlas en cuenta como reconocimiento de sus derechos, es decisivo en la lucha por la verdad. En esta lucha su grito tiene un peso incomparablemente mayor que todos los argumentos.

La frase fundamental del pensamiento occidental moderno reza así: “*Cogito ergo sum*”, “pienso, luego existo”. La autoconsciencia del sujeto es declarada como el fundamento imperturbable de todo conocimiento. En consecuencia, el impulso del proceso de conocer es, desde su raíz, el dinamismo narcisista. Pero

7. Vgl. W. Benjamin, *IX These über die Geschichte*.

8. Cfr. J. B. Metz, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander, 2007, § 16.

en realidad, ¿es cierto que la verdad se revela primariamente y ante todo en los momentos en los que el sujeto, en evidencia inmediata, está seguro de sí mismo, en los momentos en los que el “yo” se define como el ombligo del mundo, y el “resto del mundo” se entiende en relación a este “yo”? ¿O no habrá que buscar el lugar privilegiado de la revelación de la verdad más bien en las situaciones en las que este “yo” es desnudado de su autosuficiencia; en los momentos en los que es desafiado por los “otros”, con quienes está comprometido de manera absoluta y de la que no puede escapar, y ante todo por los “otros que sufren”? Donde se sufre hambre y donde se muere, la “autoridad de los que sufren” exige una obediencia absoluta e incondicionada de nuestra parte; y el grito de los que sufren es la única instancia a la que compete ejercer tal autoridad sobre nosotros. Esta instancia relativiza y derriba cualquier forma de autoridad y sometimiento. Si en obediencia consciente nos ponemos bajo la autoridad de los que sufren y con toda nuestra existencia nos entregamos a la lucha contra la muerte prematura e injusta, nos abrimos a la irrupción de la verdad y a la revelación de la verdad. De otra forma, quedamos encerrados en la mentira de los propios intereses y en la egolatría.

5. “Hacer la justicia”. El camino a la verdad

Quiero retomar la intuición que es el hilo conductor de estas reflexiones: El conocimiento de la esencia de la verdad se nos comunica a lo largo de los años y crece en encuentros “casuales”. En marzo de 2007 la “Congregación para la Doctrina de la Fe” publicó una “notificación” sobre la cristología del jesuita y teólogo de la liberación Jon Sobrino, hermano de comunidad de los jesuitas asesinados en El Salvador. En lo esencial se le critica que su cristología es “demasiado humana”.

Con Jon Sobrino me une un trabajo teológico de muchos años, y por esa razón yo también me vi implicada en la polémica sobre su persona y su teología. En un debate uno de los participantes, que justificaba la posición de la Congregación de la fe, me hizo un gran favor al resumir su intervención en esta frase: “ciertamente él (Jon Sobrino) puede comprometerse con los pobres, pero para ello no necesita poner patas arriba la cristología”. Mi contraparte repetía tercamente esta sencilla frase, lo que me ayudó a comprender algo esencial. Comprendí que no era posible la comunicación entre nosotros porque éramos como dos mundos que chocan el uno contra el otro; dos conceptos abismalmente diferentes por lo que toca a la pregunta de qué constituye el camino a la verdad y al conocimiento.

Una concepción parte de que la verdad divina, eterna y por eso inmutable sobre Cristo, ya ha quedado expresada definitivamente en las afirmaciones verdaderas y correctas de la Escritura y de los dogmas de los primeros concilios. Este “*depositum fidei*”, “el depósito de la fe”, debe ser conservado íntegro y anunciado a lo largo de la historia. La otra concepción no niega en forma alguna

la validez última de la Sagrada Escritura y de los dogmas, a los que no se puede traicionar. Comparte también la preocupación por anunciar el misterio de Cristo sin reduccionismos y por enfrentar al mundo con la “verdad entera y plena”.

La diferencia entre ambas concepciones aparece cuando nos preguntamos en qué consiste el camino hacia esa verdad. Unos vigilan celosamente la ortodoxia de afirmaciones enunciativas correctas. “Tradición” para ellos significa la repetición de algo que es siempre y eternamente válido en cualquier contexto histórico —y éste cambia incesantemente—. También según su lógica la “fe ortodoxa” conlleva, como consecuencia, un imperativo ético, pero que no tiene ninguna relevancia para el conocimiento de la verdad. Dicho con las palabras de mi contraparte en la discusión, primero hay que asegurar las formulaciones dogmáticas que por definición son inmutables, y después, posteriormente, con todo gusto puede uno “comprometerse con los pobres”. La respuesta simple y espontánea desde mi posición sería: “puedes declinar los dogmas adelante y atrás, arriba abajo, pero si no haces lo que ha dicho y hecho Jesús, no has entendido nada, absolutamente nada”.

Dicho en lenguaje reflexivo, en la confrontación de estos dos conceptos está en juego el valor y la dignidad epistemológica de la praxis. Para la teología de la liberación, como para la teología política, la praxis no es simplemente poner en práctica una moraleja, cuya verdad ya conocemos de antemano. Más bien, la praxis misma es camino que lleva a la verdad. La Biblia, mucho antes que la teoría marxista, lo había dicho en un lenguaje claro: “Ha hecho justicia al pobre y al necesitado. ¿No es esto conocerme?, dice el Señor” (Jer 22, 16). Esta frase, muchas veces citada por Jon Sobrino, es inaceptable en el contexto de una metafísica griega. Pero en el profeta Jeremías conocer a Dios y practicar la justicia se relacionan de manera específica e irreversible. No ocurre, primero, el “conocimiento correcto”, la “ortodoxia”, y después, como consecuencia *a posteriori*, la “práctica correcta”, la “ortopraxis”. Es exactamente al revés. Solo a los que se arriesgan en una praxis se va a revelar el misterio de Dios. “Hacer la justicia” es el “*actus primus*”, y cualquier conocimiento viene “después”. Todos los enunciados que expresan quién es Dios son “actos segundos”. El “saber sobre Dios” está enraizado en la praxis de la justicia; y si no es así, será un saber vacío sin ningún gramo de verdad.

Johann Baptist Metz ha formulado de manera precisa este axioma en relación con el misterio de Cristo: No puede ser que la cristología lo sepa todo de antemano, de modo que el seguimiento sería un añadido meramente piadoso, pero totalmente irrelevante para las formulaciones dogmáticas. Hay que afirmar, más bien, que siguiendo a Jesús, recorriendo el camino que el mismo Jesús es, y solo así, conoceremos quién es este Jesús⁹.

9. Cfr. J. B. Metz, *La fe, en la historia y la sociedad*, Madrid, 1979, pp. 66 y ss.

Metz lo ha ilustrado con la interpretación de un conocido cuento alemán sobre la liebre y el erizo. El sentido original del cuento es animar a los pequeños, a los desfavorecidos que tienen las “patas cortas y torcidas”, ante los que siempre dominan y están seguros de su triunfo. “Un domingo por la mañana el erizo patizambo, pero astuto, sale a pasear por el campo, y sin más ni más desafía a la liebre (que ha vuelto a burlarse de sus patas torcidas) a una carrera por los surcos del sembrado. Pero antes de la carrera vuelve a su casa (a desayunar, dice, pues con el estómago vacío no corre bien) a buscar a la señora erizo, la que, como es sabido, tiene la misma apariencia que su marido. La pone en el extremo más lejano del surco, mientras él se coloca en el otro extremo para correr junto a la liebre. La liebre cae en la trampa del erizo: corre y corre por su surco. Al llegar al otro extremo, el erizo ‘ya está allí’, y la liebre, corriendo de acá para allá, acaba cayendo muerta en el sembrado”.

Leyendo el cuento “a contrapelo”, se nota que Metz toma partido por la liebre, y con esa metáfora critica cualquier teología que nunca se compromete en la agotadora carrera en los surcos de la historia. Como el erizo y su señora, ante quienes sufren la fatiga de las luchas de cada día esa teología grita “ya estoy ahí”. Una tal teología es una sabelotodo, de antemano y en cualquier situación. Es inquebrantable, pues está “informada” de que todo ha comenzado bien y todo va a tener terminar bien. No puede fracasar. Pero tampoco tiene nada que decir a quienes se arriesgan a seguir en la batalla por un mundo más justo y más humano. La verdad del evangelio no se revela desde una distancia teórica y “contemplativa”, sino que se revela más bien a quienes se arriesgan en la “carrera”. Cualquier otra cosa es engaño. “Así pues, de esta manera corro... no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado” (ICor 9, 26 s).

El “pequeño Apocalipsis” de Mateo nos confronta de forma que no tiene escapatoria con el hecho del “sí” a Jesús, que decide sobre nuestro destino eterno: si damos de comer al hambriento, si acogemos a los que no tienen casa, si visitamos al preso. Quien no hace esto no ha conocido a Cristo (Mt 25, 31-46). En modo alguno significa esto “reducir el misterio de Cristo” a lo meramente humano o “relativizar los dogmas”, como rezan muchas acusaciones y reproches. Y es importante notar que en estos versículos el mismo Jesús es el que, de manera escandalosa, por un lado se identifica con el “Hijo de Hombre” sentado en el “trono de su gloria” para juzgar a los pueblos al final de los tiempos, y por otro con los que son los pobres diablos de la historia humana, los miles de millones de víctimas, marginados y excluidos.

Una cristología así entendida no relativiza los dogmas. Por el contrario, da una repuesta clara a la pregunta por la clave hermenéutica adecuada para entenderlos. Al igual que Metz, procura entenderlos no en un contexto de abstracta especulación metafísica, sino como fórmulas en las que la Iglesia primitiva condensó las intuiciones sobre Jesucristo que fueron surgiendo cuando los cristianos

corrieron el riesgo de una praxis jesuánica. Los relatos del seguimiento en los evangelios son el “caldo de cultivo” de todos los dogmas. Si así es, lo más importante no es aferrarse minuciosamente a fórmulas herméticas. Por el contrario, estas solo mostrarán su plena verdad si volvemos a traducirlas en la praxis de la que han surgieron. Solo conocemos la verdad, en la medida en que la hacemos.

6. Los pobres, maestros de la verdad

En 2008 estuve en Guatemala con un grupo de estudiantes de Baviera. Estudian una especialidad llamada “estudios de cultura y economía”, que prepara al estudiante para una carrera profesional en el contexto de la gerencia de turismo, pero también para la cooperación al desarrollo. La motivación de estos estudiantes es variada, desde la ilusión por encontrar un puesto de trabajo bien remunerado en el mercado internacional de la cultura hasta el deseo idealista de comprometerse en la lucha por “otro mundo” más justo. Las condiciones para la admisión son exigentes, y por ello quienes han logrado entrar en el programa tienen autoconfianza y una autoestima bastante alta.

Durante la gira la pregunta central era: “¿qué significa desarrollo integral y sostenible?”, pero lo fundamental fue la experiencia de “inmersión” y “exposición” en las tierras altas del quiché. Con “exposición” se quería decir que no trataban de aprender con los análisis e investigaciones que otros ya habían hecho antes, sino de la experiencia de exponerse a sí mismos, directamente, a la realidad, más en concreto a la realidad de familias indígenas pobres del Quiché. Con ellas vivimos, trabajamos y celebramos durante una semana. Escuchamos historias de la brutal represión en los años de guerra y de la dolorosa discriminación causada por una sociedad profundamente dividida y racista. Pero lo fundamental fue que en un mundo para nosotros desconocido fuimos acogidos con hospitalidad, con naturalidad y cariño. Las familias nos introdujeron en la relación entre ellos y ellas, como seres humanos, pero también compartieron con nosotros la relación de las personas con la naturaleza, con el cosmos, con Dios. Todo ello se expresaba con la intensidad conmovedora de colores, de la luz y del calor.

Al evaluar la experiencia, uno de los estudiantes fue directamente al grano: “de repente comprendí que el mundo es más grande y más rico que lo que yo sabía; ante todo que la pobreza, la satisfacción, la riqueza, el clamor y el amor se definen de manera distinta a como yo lo pensaba antes”. Esta confesión, en boca de una mujer joven y privilegiada del “Primer Mundo”, significaba una ruptura. La joven quería contribuir al desarrollo de los pueblos subdesarrollados desde una posición de superioridad, pero ahora se convierte en ser humano que acepta con gratitud que los pobres pueden enseñarle algo esencial sobre la vida. Acepta con asombro que no lo sabe todo y renuncia a pensarse a sí misma como el eje alrededor del cual gira el mundo. Aceptar que los otros me pueden enriquecer significa salir de uno mismo hacia la verdad. En la doctrina tradicional sobre las virtudes a esto se llama “humildad”.

No es el mundo rico y “desarrollado” que comparte migajas de su bienestar, sino que son los pobres los que se convierten en maestros que indican a la humanidad el camino para salir de la crisis que nos amenaza. Jon Sobrino lo sintetizó en esta frase provocativa y contracultural: “*Extra pauperes nulla salus*”, fuera de los pobres no hay salvación¹⁰. La frase hay que entenderla en el transfondo de otra frase bien conocida durante siglos: “*Extra ecclesiam nulla salus*”, fuera de la Iglesia no hay salvación. La Iglesia católica tuvo que recorrer un difícil y penoso camino hasta aprender que no solo ella es un “refugio de la verdad”, sino que todo el mundo es portador de salvación y de verdad. Para expresarlo y para evitar que la teología se saliera de la historia humana Edward Schillebeeckx escribió después del Concilio Vaticano II: “*Extra mundum nulla salus*”, fuera del mundo no hay salvación¹¹.

Jon Sobrino presupone y acepta esta afirmación, pero se sigue preguntando si la expresión “el mundo” no es demasiado imprecisa y vaga, y si en ella formula no desaparece, en lo indeterminado, la ubicación concreta. La frase “*extra pauperes nulla salus*” toma en serio el interés de la fórmula tradicional por “ubicar” la salvación. La pregunta por el “*ubi*”, por el “dónde”, es importante, pues la verdad y el camino a la salvación no se revelan de la misma manera en todas partes. Hay lugares privilegiados, y la perspectiva de los pobres es necesaria para que la verdad y las promesas del evangelio se nos revelen a nosotros. Qué significa la liberación de la esclavitud, no lo entiendo si no soy capaz de empatía con las víctimas de las dictaduras o con los presos en Guantánamo. Pelearse por la ortodoxia de la cristología se queda en cinismo, si no reconocemos que son los pobres aquellos de quienes tenemos que aprender lo decisivo sobre la “verdad” del evangelio. Permanecemos ciegos, si no somos capaces de ver la realidad desde su perspectiva, desde la perspectiva de las víctimas del comercio de mujeres, de los niños soldados, y de los africanos que mueren en el Mediterráneo, extenuados en barcos abarrotados.

7. La mentira es asesina

El “proyecto de exposición” en las tierras altas de Guatemala produjo mucho más que una experiencia emotiva personal. Está cargado de una fuerza explosiva que se convierte en desafío radical a nuestra civilización occidental y su “verdad”. Al mundo occidental le encanta aparecer en escena como el protagonista de los “derechos humanos universales”, amenazados en y por las “culturas subdesarrolladas”. Frente a los millones de víctimas de un sistema económico, enfermo de raíz, porque es movido por la codicia de lucro; frente a los intereses sin escrúpulos de la industria de armamentos, que mantiene vivo el sangriento

10. J. Sobrino, *Fuera de los pobres no hay salvación*, Madrid, 2007; San Salvador, 2008.

11. Cfr. E. Schillebeeckx, *Menschen: die Geschichte von Gott*, Freiburg, 1990.

negocio de la aniquilación; frente a la explotación desenfadada de los recursos de los “otros”, su mano de obra, sus minas, y por eso también frente a la destrucción de la base ecológica de la existencia suya y nuestra; frente a este escándalo la imagen que tienen de sí mismos los “países desarrollados” solo se puede entender como el producto de una gigantesca represión colectiva. Es una perogrullada y lo dice el sentido común: lo reprimido enferma. Por eso la civilización occidental o está gravemente enferma desde la raíz, o lo que sería mucho peor, expresa una monstruosa mentira colectiva.

“Todo es relativo menos Dios y el hambre”. ¿Cómo decir esto ante el hecho de que, a pesar de las “metas del milenio”, solemnemente proclamadas por Naciones Unidas, sigue aumentando la pobreza en África? Esas metas ya eran precarias: para el 2015 se buscaba reducir a la mitad el número de seres humanos que viven en pobreza absoluta, es decir tener menos de un dólar diario para vivir. Y si se alcanzara ese objetivo, “solo” 610 millones de seres humanos seguirían sufriendo hambre. Pero estas “conjeturas optimistas” se hicieron antes de la explosión de los precios de alimentos, a causa del escándalo en el mercado financiero, y antes del fracaso de la cumbre mundial sobre alimentación el 2008 en Roma. Las víctimas indefensas siguen siendo presas del cinismo de quienes son responsables de las especulaciones de bolsa, del cambio climático y del negocio de los agrocombustibles. En la cumbre de julio del 2009 el G8, el club de las naciones industrializadas más ricas, ha prometido a los países pobres 20 mil millones de dólares para promover la agricultura. Sin embargo, promesas semejantes en el pasado no dan para mucha esperanza. A pesar de solemnes afirmaciones, no aumentó la ayuda, sino que fue drásticamente reducida. Y en cualquier caso, hay que comparar —y no olvidar— los 20 mil millones de dólares para combatir el hambre con los 300 mil millones que ya han sido gastados para salvar un sistema financiero en bancarrota. En lugar de conversión, seguimos en la cosmética del sistema.

¿Qué tiene todo esto que ver con la verdad? El evangelio de Juan apunta de nuevo y radicalmente a la respuesta. En 8, 31-47 se agudiza la confrontación entre Jesús y las autoridades judías. Y en este contexto dice Jesús estas magníficas palabras. “Si ustedes se mantienen fieles a mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos y conocerán la verdad. Y la verdad los hará libres”. Pero los oyentes responden indignados: “Somos raza de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: les haré libres?”. Jesús replica con dureza: “Ustedes tienen por padre al diablo y quieren realizar los malos deseos de su padre. Ése fue homicida desde el principio, porque la verdad no está en él, y no se ha mantenido en la verdad. Lo se que le ocurre decir es mentira, porque es mentiroso y padre de toda mentira. Pero a mí, porque les digo la verdad, ustedes no me creen”. En este texto se asienta con toda claridad un nexo fundamental: la verdad genera vida, y la naturaleza de la mentira es dar muerte, ser asesina. Es len-

guaje recio. Poco antes, en el mismo capítulo, el autor del evangelio ha contado cómo Jesús salva a la adúltera de ser apedreada. Desenmascarando la naturaleza asesina de la mentira que quita la vida, Jesús mismo se convierte en la verdad liberadora y fuente de vida. Pero precisamente por eso, los poderosos determinan que hay que eliminar esa verdad, insoportable para ellos; que hay que liquidar a Jesús a toda costa. Jesús se convierte en una víctima del imperialista Pilato y de los “políticos realistas” judíos.

8. El conocimiento sólo es posible a la luz de la redención

En el último párrafo de su *Minima Moralia* Theodor Adorno escribe esta famosa frase: “El conocimiento no tiene otra luz, que la luz que viene de la redención; todo lo demás se agota en reconstrucción y se reduce a mera técnica”. Adorno, el judío agnóstico, ateo y al mismo tiempo profundamente creyente, nos va a perdonar que nos apropiemos cristianamente de su texto. En la cruz y resurrección de Jesús ha brillado la luz que nos hace ver la verdad —y sin esta luz estamos ciegos a la verdad—. En la cruz y resurrección de Jesús la vida herida y dañada ya está rescatada. Necesitamos la iluminación que viene de este acontecimiento para que se nos abran los ojos a la monstruosidad del sufrimiento infligido y a la destrucción de unos seres humanos por otros. Solo en una confianza incondicional al Salvador Jesús-Cristo podemos soportar esta revelación de la verdad. A través de este “juicio” seremos convertidos y quedaremos transformados en hombres y mujeres mesiánicos, liberados de la mentira y de las tinieblas, capaces de “practicar la verdad” (1Jn 1, 6).

Para muchos, ya habría quedado claro que hoy ya no podemos hablar más de la verdad en singular. Hay que despedirse definitivamente de la idea de una verdad que vale para todos. Solo existirían muchas verdades diferentes y habríamos de aceptar la pluralidad gozosa y multicolor. En parte, esto es una crítica legítima a pretensiones totalitaristas y uniformistas. Sin embargo, aceptar el encanto de la pluralidad puede encubrir un totalitarismo sin precedentes bajo el nombre eufemístico de “globalización”. Precisamente por ello es irrenunciable aferrarse a la exigencia de una verdad y de su vigencia universal, lo que está relacionado con lo más íntimo de la universalidad de la fe cristiana en Dios. “Dios, o es Dios para todos o no es Dios” (Johann Baptist Metz).

Y si invocamos a Dios, sin reclamar con todo el peso de nuestra existencia un mundo más justo y humano, entonces no oramos al Dios vivo y verdadero, sino a los ídolos de nuestros intereses particulares. Defender la universalidad de la verdad contra todo relativismo no significa someter a otros seres humanos a nuestras pretensiones; ni siquiera con la fuerza de nuestros argumentos y mucho menos con violencia. La verdad vigente para todos nunca puede convertirse en arma que asegura el sometimiento por parte de los que están arriba a los que están abajo. Se sirve a la verdad con valor profético para desenmascarar así la

“mentira del mundo” y para arriesgarse en el compromiso a favor de la justicia que incluye a todos.

9. A manera de resumen: pequeña colección de aforismos

La verdad no se “posee” como propiedad asegurada, como no se puede poseer la tierra, el agua y el aire. No se deja “encajonar en el féretro del concepto”. La verdad acaece cuando arriesgamos salir en éxodo de las cajas fuertes que construimos con nuestras certezas y con lo que, socialmente, es tenido por plausible. La verdad se recibe. Se revela a quienes escuchan y están en camino.

La verdad no acaece primariamente al construir nuestros pensamientos con lógica coherente e ineludible, y tampoco cuando nuestras “re-construcciones” de lo real desarrollan una dinámica que se independiza y se aleja siempre más de la realidad. La verdad acaece más bien, cuando lo que es inesperado y discordante nos molesta y nos perturba; cuando nos vemos forzados a cuestionar nuestras certezas desde la raíz porque no sabemos cómo dominar y superar el desequilibrio de nuestros conceptos.

La verdad no acaece primariamente cuando, con las armas de nuestros poderosos argumentos, derribamos al otro de modo que este tiene que doblegarse ante nuestra lógica coercitiva. La verdad sucede más bien cuando dejamos que la vida dañada y amenazada del otro pueda lesionarnos y cuestionarnos. Conocimiento es poder. La verdad nos hace vulnerables.

La verdad no se encuentra necesariamente allá donde todos están de acuerdo o allá donde lo indica, al menos, la mayoría de votos. La verdad se puede encontrar también del lado de quienes tienen el valor de alzarse solos contra un consenso aplastante; de quienes siguen a su propia conciencia y así arriesgan correr la suerte de los profetas.

El saber acumulado y los compendios de verdades asegurados se convierten en falsedad sin “la conciencia de lo que hace falta” (Jürgen Habermas). Afirmaciones y proposiciones no alcanzan la verdad si han expulsado de sí todo “saber que añora lo que falta” (Johann Baptist Metz). Capaz de la verdad solo es quien acepta el luto y el dolor por lo que todavía falta.

El éxito no es criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre la verdad y la mentira. La verdad puede ser puesta a salvo mejor entre las ruinas de una vida fracasada y destruida, que en el gesto triunfal de quienes han sometido. Es peligroso dar testimonio de la verdad.

“Escribe lo que ves” (Apoc 1, 11). La verdad se regala a los que están atentos y a los contemplativos; a quienes son capaces de ver y no cierran los ojos demasiado rápidamente, sino que aguantan mirar lo que no es soportable. El *shock* de lo real nos libera para la verdad. “Todo es relativo menos Dios y el hambre” (Pedro Casaldáliga).